Hombre teatro

Jorge Armando Bernal Cuasquen
Estudiante del Programa de Enfermería
Universidad de Mariana

Las luces del teatro están ansiosas por visualizar lo que sin duda es común encontrar cada vez que son encendidas, no esperan nada nuevo en la noche de hoy, más que un mundo de gente eufórica tratando de encontrar el mejor lugar para disfrutar de la obra que está por iniciar. Universitarios, oficinistas, parejas, eruditos de todo tipo se encuentran hoy en sala. Sí, han llegado hasta este lugar, porque muy seguramente han escuchado de la popularidad de la obra en la última semana, han migrado desde distintos puntos de la ciudad hasta llegar a ese olvidado teatro de barrio al sur de la ciudad. Todo parece estar listo, la gente, las luces, el encargado de presentarte; imagina la reacción de las personas cuando anuncie tu nombre y acto seguido el nombre de la obra y tú salgas, hagas tu show y todo el teatro se ponga eufórico ante "tu creación".

Tú, por el contrario, no te encuentras listo. Ahí estás, sentado frente al espejo del camerino, llorando una vez más. Las luces que se encuentran a los bordes del espejo reflejan la tristeza e insatisfacción que sientes en ese momento. A pesar de encontrarte con tu mejor atuendo, no sientes la misma alegría y ganas de salir a entregar todo en el escenario. Esta noche es diferente, te has enfrentado a ti mismo y ahora tienes miedo de ser otro, de no ser tú, como si tu cuerpo y mente hubiesen sido ocupadas por otra persona con una mentalidad distinta a la tuya, sientes temor de no ser tú quien ocupa ese cuerpo.

En ese instante toca a tu puerta el tramoyista, quien te comunica que todo allá afuera está listo para que salgas, al escuchar esas palabras, el miedo que sientes se potencia aún más, crees no ser capaz de salir y enfrentar al público como lo has hecho antes. A pesar de que sabes que el teatro espera por tu salida, continúas sentado frente al espejo con la mirada fija en tu reflejo, pasan varios minutos antes de que te comuniquen nuevamente que ha

llegado el momento dar inicio a la función. Es hora de enfrentar lo que sientes. El camino hacia el escenario es tormentoso, piensas en salir corriendo por la puerta trasera, pero desistes de esa idea, a pesar de saber que nada de lo que harás hoy te pertenece, huir no es una opción. Sigues tu camino hasta pisar el escenario, la zozobra se apodera de ti, pero no puedes dar marcha atrás, ya lo has hecho antes y has prometido que será la última vez que lo harás. No hay nada que perder, solo el miedo una vez que la obra haya iniciado.

El presentador se emociona al mirarte y sin preguntar si estás listo sale eufórico al escenario con el micrófono en la mano, presenta la obra como algo nunca antes visto, como si los asistentes estuvieran a punto de ingresar en una atmósfera que nunca olvidaran. Los aplausos del público aumentan aún más tu angustia, en ese momento tienes dos cosas claras: la primera, no puedes dar marcha atrás y defraudar a tu público, y la segunda, que es hora de salir.

Le haces una señal al tramoyista, quien enseguida abre lentamente los telones del teatro. Ahora estás solo frente a un público que te recibe con un aplauso, te es imposible mirar a los ojos de los espectadores, no eres capaz, hacerlo significaría para ti un sentimiento de vergüenza que crees no soportar. Es en ese momento donde realmente te das cuenta del lugar en el que estás y la responsabilidad que tienes. Así no quieras, debes hacerlo por última vez. El espíritu de hombre de teatro se apodera de ti, y a pesar de todos los sentimientos encontrados inicias tu obra, lo único que deseas es poder compensar al público.

Los movimientos, las danzas, los gritos que haces en escena te hacen sentir mejor, te has olvidado del enorme sentimiento de culpa que rodea tu cuerpo. Entraste en un espacio que es tuyo, que conoces muy bien y donde sabes que realmente eres tú, aunque lo que interpretas no lo sea. Finalizas la obra, el público se para de sus asientos para llenar todo el teatro con aplausos. En ese momento el sentimiento de culpa nuevamente se apodera de ti, esos aplausos en verdad no te pertenecen, por un segundo piensas en gritarle al público que paren, que no eres digno de ese reconocimiento; sin embargo, no lo haces. Asientes la cabeza como forma de agradecimiento, sintiendo una vergüenza absoluta que te obliga a retirarte inmediatamente del escenario. Entras al camerino, donde nuevamente sientes la necesidad de sentarte a llorar frente al espejo, lo haces, no quieres hablar con nadie, solamente esperas a que el público desocupe sus butacas para también salir de ese lugar. Una vez las luces se han apagado, sales rápidamente, sin regresar a ver el escenario con el cual te sientes en deuda.

Caminas de regreso a casa sintiéndote el ser más miserable del mundo, la culpa que te rodea aumenta al recordar los aplausos que el público te ha regalado esa noche. Tienes el sentimiento de no sentirte realizado en lo que amas, de haber engañado al teatro. Esa obra con la que hoy has sido ovacionado no te pertenece, no es tuya, y eso es lo que te impide disfrutar

de tales reconocimientos. Todos tus montajes han sido un completo fiasco, nunca nadie asistió a verlos, nunca pudo un montaje creado por ti tener el mismo éxito que el que presentaste esta noche, esa es la razón que te llevó a presentar una obra que no es tuya, una obra que tuviste siempre en mente como una de las mejores obras que has presenciado y que pensabas que quizá nunca nadie la hubiera mirado, por lo cual decidiste pasarla como si fuese creada por ti.

En verdad nadie de los presentes parece haber mirado la obra antes, pero tú sí, sabes que lo que hiciste no es correcto a los ideales de un hombre de teatro. En ese momento te preparas para cruzar el puente peatonal que está a media cuadra de tu casa, subes las escaleras, caminas por el puente, te detienes a la mitad, miras los autos que pasan rápidamente, el puente está solo, todo está oscuro, solamente estás tú, eso te recuerda la soledad que sientes al pararte en el escenario. Sabes que estás solo, no solamente en el puente o en el teatro, sino en la vida. Que al llegar a casa no tendrás a nadie a quien contarle lo que te ha sucedido hoy. Sabes lo que tienes que hacer.

En ese momento tomas una decisión, con la cabeza en alto miras firmemente la gran avenida que se encuentra delante de ti, no hay regreso, debes finalizar la obra. Levantas tus piernas para pasar por encima de los separadores del puente, estas ahí, de pie al filo del puente, sintiendo que te encuentras arriba del escenario y debes dar una función a un público que no existe. Imaginas un público energúmeno esperando el último acto, sientes la necesidad de recompensar a ese público lanzándote desde el puente.

Al día siguiente, todos los periódicos de la ciudad han publicado en primera plana “la muerte de un hombre de teatro”, ahora todos te conocen, ¡al fin! una obra tuya ha sido reconocida, ¡sí! una obra tuya.